



EL ARTE DE NO SENTIRTE SOLO CUANDO LO ESTÁS

LAURA CAÑIGRAL

CAPÍTULO 1

13 de Septiembre del 2007

— Agárrate, voy a acelerar. —Dijo mi madre agarrando firmemente el volante con las manos. —Si no, vamos a llegar tarde el primer día.

—Mamá no digas ‘vamos’ ¿vale? Es mi primer día en el colegio nuevo, no el tuyo. Ya es bastante malo saber que voy a tener que pasar el día con un puñado de diabólicos niños de ocho años, como para que tú lo intentes suavizar haciéndome creer que estarás allí. —Dije sin levantar la cabeza del libro que tenía apoyado en el regazo.

—No digas esas cosas, Simón, aún no sabes si son diabólicos, además, ya verás como esta vez es diferente.

— Dijiste lo mismo de los dos últimos colegios.

— ¿No dicen que a la tercera va la vencida? — Contestó mi madre seguido de una risilla mientras derrapábamos en una rotonda para intentar cruzar el paso de peatones antes de que se nos pusiera el semáforo en rojo. — Encima, tengo el presentimiento de que este año por fin harás algún amigo.

—Creo que los dos sabemos que es pronto para presentimientos. — Respondí cerrando el libro y guardándolo en mi mochila.

— Deja de ser tan listo para tu edad, yo a los ocho años estoy segura de que aun me comía los mocos. — Exclamó con aire orgulloso.

— Sin embargo, tú tenías amigos y yo no los tengo.

—Aún, no los tienes. — Declaró mi madre mirando hacia atrás para aparcar. — Y venga, coge tus cosas que ya estamos.

— ¿Seguro que no me puedo quedar en casa hoy?— Pregunté poniéndole ojitos y juntando las palmas de mis manos como si estuviera rezando.

—Sabes que no, además si eres el único que falta el primer día, mañana será peor. Solo estás retrasando lo inevitable.

—Venga, mamá, por favor. — Le rogué.

—No empiesces. ¿Te acuerdas de lo que pasó el año pasado, cuando te dejé perderte el primer día?

—Que cuando llegué el segundo día, todos me llamaban llorón y niño de mamá, ¿O era cuatro ojos? ¿O el rarito de los libros? La verdad es que ya he perdido la cuenta de los poco-imaginativos moteos que me han puesto a lo largo de los años.

— Respondí con tono sarcástico.

—No seas así y venga, para fuera, que no llegas. — Dijo mi madre desabrochando su cinturón y a continuación el mío.

—Veámoslo como un experimento. —Intenté por última vez.

— Déjame faltar hoy y si mañana tengo un apodo estúpido como siempre, se confirmara mi sospecha de que esos niños son diabólicos.

—Simón, no me hagas sacarte a rastras del coche.

—Está bien, está bien, ya voy. Pero si va mal, que lo irá, recuerda este momento cuando te diga “Te lo dije”— La amenacé por última vez aguantándome una sonrisa mientras salía del coche.

—Lo que tú digas, cariño. —Se mofó ella mientras íbamos juntos hacia la entrada del colegio.

— ¿Sabes? Cuando sea mayor no pienso salir nunca de casa. Ni permitiré a nadie que entre.

— ¿Y qué pasa conmigo? — Dijo mi madre en un tono ofendido y bromista a la vez.

— Bueno, tú podrás entrar, pero yo no pienso salir. — Respondí decididamente.

CAPÍTULO 2

22 de Octubre de 2019

Pip, pip, pip. Pip, pip, pip-

Empecé a dar manotazos a la mesilla, con un poco de suerte, le daría al despertador y se apagaría (o se caería y se rompería). La cuestión era que dejara de pitar.

—Pfff, ¿Ya son las diez? — Gruñí mientras me ponía las gafas y comprobaba que el despertador iba bien.

Me levanté a subir la persiana de mi habitación, evitando echar un vistazo al resto de mi cuarto, pues consistía en varias pilas de libros desordenados, ropa desperdigada por el suelo e incontables tazas de café acumuladas sobre varios muebles.

—Otro precioso día sin salir de casa, rodeado de mi propia mugre. — Me dije a mí mismo, sin estar seguro de si era para recordarme, que tenía agorafobia o que debería limpiar de vez en cuando.

Me desplomé en la cama y empecé a desperezarme y a frotarme la cara con las manos para mantenerme despierto. Alargué el brazo para coger el ejemplar de El guardián entre el centeno que había en mi mesilla y empecé a leer.

Holden Caulfield se acababa de encontrar con dos monjas en una estación de tren, cuando una horrible música proveniente del rellano me sobresaltó y decidí ir hacia la puerta principal y mirar a través de la mirilla para ver qué estaba pasando fuera. Vi a un hombre de mediana edad, de piel morena, bajito y con sobrepeso que estaba metiendo cajas y bolsas llenas en el piso de al lado. No me causó en absoluto una buena impresión, pues era muy ruidoso y con el pelo grasiendo y largo, casi por los hombros. A juzgar por lo ajustada que le estaba la camiseta y los pantalones de chándal, deduje que eran varias tallas más pequeños de lo que necesita.

No me extraña que se mude a mi edificio, pues he de admitir que no es ninguna joya, pero deseé que se hubiera mudado a cualquier otro edificio de alrededor. Le observé durante varios minutos y volví a la cama, a pesar de que la música no había parado.

Lo intenté durante un rato, pero decidí dejar de leer, pues debido al ruido, no podía concentrarme. Fui a hacerme un café mientras maldecía en silencio a Guillermo Marconi, el inventor de la radio, y al que parecía que iba a ser mi nuevo vecino, mi insoportablemente ruidoso, nuevo vecino.

— Buenos días, Simón. — Saludé a mi gato, que no es mío, mientras le pasaba la mano desde la cabeza hasta la cola, acariciándolo.

Simón, el animal, era un gato, no sé si callejero o doméstico que tenía la costumbre de colarse en mi apartamento y pasearse a sus anchas. Nunca me doy cuenta de cuándo entra y cuándo sale, aunque he de admitir que tampoco me preocupa demasiado (Mientras no se traiga amiguitos con él). Al principio me ponía de los nervios pero con el tiempo le he cogido cariño. Le llamé Simón, como yo, porque, de esa forma, cuando hablo conmigo mismo en voz alta no resulta raro.

—Miauu. — Me respondió él, seguido de un ronroneo. Y se alejó de mí para tumbarse en la parte de mi sofá a la que le daba el sol. Decidí interpretarlo como un <<Buenos días a ti también, querido Simón>> y me dirigí a la ducha, pues llevaba varios días retrasándola y mi olor me empezaba a molestar incluso a mí.

Me encerré en el cuarto de baño con el calefactor encendido y la música de mi vecino de fondo (A la que se le había sumado la propia voz de este, pues esos berridos no podían ser parte de la canción original). Mientras esperaba que el agua empezara a salir caliente, me miré en el espejo y decidí que sin contar las ojeras, el pelo grasiendo y la cara de enfermo, no tenía tan mal aspecto, pues mis grandes ojos marrones seguían en su sitio, mis dientes no estaban

amarillos, apenas tenía canas mezcladas entre mi mata de pelo negro e incluso me gustaban las pecas que tenía a lo largo de la nariz y las mejillas.

Me metí en la ducha, con la esperanza de que al salir, mi diabólico vecino se hubiera callado de una vez por todas (Cosa que no había ocurrido).

Pasé el resto del día sin hacer nada más que maldecir en silencio y buscar tapones, pues a la música se le habían sumado ruidos de herramientas. Para cuando por fin llegó la noche, y con ella el silencio, yo ya estaba en la cama, a punto de dormirme.

A los pocos minutos de haberme acostado, escuché un gran estruendo que venía del comedor, me levanté a comprobar qué había pasado y me encontré con un agujero en la pared que compartía con el odioso de mi nuevo vecino. El agujero era más o menos del tamaño de un puño y situado a la altura de mis rodillas, de él sobresalía un dedo, corto y rechoncho y desde el otro lado de la pared se escuchaba una voz de fondo preguntando si había alguien al otro lado. Ese alguien no podía ser otro que yo.

— ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? — Repetía la voz por cuarta vez. Hacía años que no hablaba con nadie, excepto Simón y los que atienden al teléfono en los restaurantes y supermercados, para hacer mis pedidos a domicilio. Vamos, que ni humanos ni gente en persona.

Decidí que no iba a contestar, así que me dirigí a la cocina a por pinzas, y por el camino cogí un folio y cinta adhesiva. Al llegar, le pellizqué el dedo con las pinzas, y en cuanto lo quitó, me di prisa en poner el folio sobre el agujero y pegarlo con cinta adhesiva para taparlo. En cuanto el trabajo estuvo hecho, acordé conmigo mismo que ya pensaría qué hacer por la mañana, y volví a la cama a dormirme de una vez por todas.

CAPÍTULO 3

13 de Septiembre del 2004

Ya había pasado la mitad de mi primer día. Los primeros días siempre son iguales, presentaciones, organización, explicaciones aburridas... Me había sentado en un pupitre individual, en la fila del fondo, llevaba toda la mañana observando a mis nuevos compañeros, todos se abrazaban, sin parar de reír y de hablar entre ellos, no comprendía cómo podían estar alegres de verse. Durante la mañana, solo abrí la boca una vez, para presentarme:

— Hola, me llamo Simón Strauss. Tengo ocho años y soy nuevo.
— Anuncié sin ningún tipo de entusiasmo, el mismo que mostraron mis compañeros al escucharme.

El resto de la mañana transcurrió rápido y sin problemas, ya que apenas presté atención. Pero hubo un pequeño imprevisto, un pequeño gran imprevisto: en el recreo, una niña se acercó a hablarme.

— ¡Hola! — Dijo en tono amable mientras me miraba leer, sentado en la esquina más alejada que había sido capaz de encontrar. — Me llamo Olivia.

<<Mierda>>, pensé.

Era bajita, más bajita que yo, con el pelo rubio recogido en una cola de caballo, vestía de azul. No dejaba de mirarme fijamente, así que decidí que iba a ahuyentárla directamente, tenía que ser casi tan rara como yo para acercarse a mí.

— ¿Eres Simón Strauss? — Preguntó.

— Podría negarlo si quisiera. Puedo negar lo que quiera. Pero ciertamente me llamo Simón. Me he llamado Simón desde hace ya algunos años. — Alcé la mirada mientras lo decía, y en cuanto acabé volví a bajarla hacia mi libro.

Esperaba que eso fuera suficiente para que la niña se largara, pero hizo todo lo contrario.

— Así que te gusta Oscar Wilde ¿eh? — Dijo mientras inclinaba la cabeza para ver mi libro — ¿Qué estás leyendo? ¿Cómo podía saberlo? En mis ocho años de práctica espantando niños diabólicos nunca me había pasado esto. No pensaba entrar en su juego, ella pretendía entablar una conversación conmigo, y eso no entraba en mis planes, así que fingí que sus aparentes conocimientos literarios no me habían impresionado.

— Harry Potter. — Contesté lo más indiferente que pude.

— Es el quinto, ¿no? El ultimo que ha publicado.

No podía estar pasando, ¿también los había leído?

— Así es.

— Este no está mal, pero, personalmente, me gustó más el cuarto.

La verdad era que a mí también, pero no podía admitirlo, así que en lugar de eso, dije:

— Me alegro.

— ¿Y qué más te gusta leer? — Preguntó mientas se sentaba junto a mí, a una distancia menor de la que me hubiera gustado.

Esa chica no se rendía, ya no sabía qué hacer para que me dejara en paz, aparte de ignorarla por completo (Una opción que cada vez me parecía más tentadora), pero mi madre me había obligado a dejar de hacerle eso a la gente, así que me vi obligado a seguir contestando a sus preguntas.

— Me gusta El guardián entre el centeno.

— ¿Puedo preguntar por qué?

Por fin, parecía que no conocía el libro del que le hablaba, así que respondí:

— Porque Holden Caulfield pasa unos aceptables días en la ciudad de Nueva York. Solo. — Dije con especial énfasis en la última palabra.

El hecho de que no hubiera leído el libro me dio una especie de satisfacción interior que llevaba esperando desde que se me había acercado. Pero justo cuando empezaba a regodearme en ese sentimiento, la niña soltó:

— Y dime ¿sabes a dónde van los patos en invierno? Ya sabes, cuando el lago se congela.

No puede estar pasando. También lo ha leído.

Por suerte, el timbre sonó justo en ese momento, indicando que el recreo había acabado y que teníamos que volver a clase. Me levanté y sin dirigirle una sola mirada a la niña, me fui.

CAPÍTULO 4

23 de Octubre de 2019

Me desperté tarde, y para cuando por fin me decidí a levantarme de la cama era casi medio día. La verdad es que no había dormido nada bien, me había pasado la noche dando vueltas en la cama y despertándome cada pocas horas.

Cuando por fin salí de mi habitación, Simón estaba estirándose en mi sofá y apenas esbozó un ruidito que estaba a medio camino entre un ronroneo y un suspiro. Hice un ruido en forma de saludo y me senté a su lado en el sofá.

Pretendía sentarme a leer, pero desde allí tenía un ángulo perfecto al folio de papel pegado con cinta adhesiva que tapaba el agujero que mi vecino había hecho en la única pared que compartíamos.

— ¿No te parece increíble? — Pregunté, No sé si a Simón (el gato) o a mí mismo.

No hubo respuesta

— De verdad que no me lo puedo creer, o sea, esta persona aparece de la nada, se mete en el piso contiguo al mío y, además, va y me agujerea la pared, conectando nuestros pisos.

—Miauuu... — Soltó Simón para que me callara

— Y eso no es lo peor de todo, solo lleva siendo mi vecino un día y ya ha trastocado mis horas de sueño, ha contaminado acústicamente mi apartamento con su horrible música estridente y no me deja seguir mi rutina — Me interrumpió una música insopportablemente alta.

<<I'm going back to 505

If it's a seven hour flight or a forty-five minute drive>>

— Hablando de música horrible. — Dije mientras me levantaba y volvía a mi habitación en busca de unos tapones.

Al llegar cerré la puerta de golpe, me puse los tapones e “intenté” leer

La música y los ruidos de herramientas fueron variando dependiendo de la hora del día, aunque los ratos de silencio no me impidieron pasar el resto de la mañana y parte de la tarde encerrado en mi habitación.

¡Ring, ring!, ¡Ring, ring!

El timbre no paraba de sonar, y tenía que ser el de mi vecino, pues yo nunca tenía visita. La música (por fin) paró y en ese momento se escuchó una voz contestar:

— ¿Quién? — Preguntó.

Silencio

— ¡Ah, eres tú! Pensaba que eras el repartidor. — Bromeó. — Espera que te abro. Acuérdate de que es el tercer piso.

Me acerqué al agujero que conectaba nuestros pisos para escuchar mejor. Suponía que había invitado a algunos amigos a cenar, lo que esperaba que acallaría la música y los ruidos y me daría un tiempo para estar tranquilo, pero esa idea no duró mucho, ya que a los dos minutos se abrió la puerta de mi vecino, se escucharon gritos y entró la que esperaba que fuera su única invitada.

— ¡MARCEEEL! — Gritó una voz de mujer, seguido de risas.

— ¡BEAAA! — Devolvió el grito la que deduje que era la voz de mi vecino.

— Cómo mola el piso nuevo ¿no? — Comentó Bea.

— Es a lo máximo a lo que puedo aspirar ahora que no tengo trabajo — Dijo Marcel, aunque no sonó triste. — ¿Dónde está Álex?

— Me ha dejado abajo y se ha ido a aparcar, no creo que tarde en llegar. — Explicó. — ¿Ya has montado los muebles y todo?

— Es lo que pasa cuando alguien tiene tanto tiempo libre. — Rió. — Llevo aquí dos días y los vecinos ya deben estar hartos de mí de tanto ruido que hago.

Yo no me río, pensé.

— Siempre estas molestando. — Dijo soltando una carcajada.

¡Ring, ring!, ¡Ring, ring!

— Ese tiene que ser Alex. Voy a abrirle. — Se escucharon pasos. — ¿Alex?

Silencio

— Oh, vale, disculpe. — Se disculpó Marcel con un tono de voz más formal.

— ¿Qué pasa? — Se escuchó a Bea desde lejos, con un tono de voz más bajo.

— Sí, soy yo. El tercero. — Colgó el auricular. — Era el repartidor, no Alex. — Explicó aguantándose la risa.

Subió el repartidor y les entregó la cena; bromearon sobre la confusión y se fue. A los pocos minutos volvieron a llamar y esta vez sí que era el tan esperado Álex.

— ¡Ya era hora!

— ¡La próxima vez que te mudes, busca una zona con mas sitio para aparcar! — Dijo Álex de broma. — El piso no está tan mal como decías, además, veo que no has tardado en montar todo.

— Lo que hace el aburrimiento. — Contestó Marcel. — Y vamos a cenar ya, que has tardado más que la cena y ya estará fría.

— Eso, que me muero de hambre. — Anunció Bea.

— Bua, ¿A que no sabéis qué me ha pasado hoy en el metro?

— Dijo Álex con emoción antes de empezar a contar la historia. No quería entrometerme y seguir escuchando su conversación a escondidas, pero, una vez empezaron a contar anécdotas, chistes malos y hacer bromas entre ellos mientras cenaban y reían, la verdad es que me entró la curiosidad.

Fui corriendo al sofá y agarré un par de cojines para sentarme encima, cogí la primera cosa comestible que vi en la nevera y volví corriendo a sentarme al lado del agujero.

Me pasé el rato aguantándome la risa por las cosas que decía y pegando la cara a la pared para escuchar mejor, hasta que llegó un punto, en el que tuve que despegar una esquina del folio que tapaba el agujero poder escuchar bien lo que decían. La verdad que se hizo bastante tarde y ni siquiera me había dado cuenta.

CAPÍTULO 5

21 de Noviembre del 2004

Llevaba un par de meses pasando los recreos con esa niña, Olivia, que me había hablado el primer día. Me encontraba a mí mismo buscándola en clase o en los pasillos sin darme cuenta. No la había visto ni una sola vez fuera del recreo, no era exactamente mi amiga, pero era la única persona que me había dirigido la palabra voluntariamente desde que había llegado y, además, me producía curiosidad el hecho de que leyera las mismas cosas que yo, aunque me parecía raro no verla nunca en clase.

A la hora del recreo iba de camino a donde siempre nos reuníamos, la esquina donde me había hablado el primer día, y aunque nunca la veía antes de ese momento, siempre estaba allí esperándome.

— Buenos días, — Dijo ella con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas como los indios. —

No quería que supiera que había estado fijándome más de lo normal por si la veía, pero a la vez quería saber por qué solo parecía existir a la hora del recreo. Una parte de mí quería preguntarle y ser directo, pero mi orgullo me decía que me mantuviera indiferente, así que decidí intentar sonsacárselo poco a poco.

— Hola. — Solté sin el menor entusiasmo.

— ¿Qué tal llevas el libro de Percy Jackson?

— Ya lo he terminado. — Dije, mientras me quitaba la mochila y me sentaba junto a ella, apoyando la espalda en la pared. — Y he de admitir que tenías razón, el segundo es mejor.

— No suelo equivocarme en estas cosas. — Afirmó sin ni siquiera hacer el intento de parecer modesta. — Y... Erm... ¿Ahora qué?

— ¿Ahora qué, de qué? — Le devolví la pregunta, desconcertado.

— ¿Qué estás leyendo ahora? — Me aclaró
— ¡Oh!, Pues... Nada. Al menos hasta esta tarde, cuando vaya a la biblioteca con mi madre. — Expliqué — ¿Y tú?
— No estoy segura.
— ¿A qué te refieres? — Pregunté desconcertado.
— Bueno ¿Qué tal hoy en clase? — Cambió de tema ignorándome por completo.

Decidí hacerle algunas preguntas disimuladamente, para saber a qué clase iba o que hacía para que nunca la vieran dentro del aula oponer los pasillos, pero lo de "disimuladamente" se quedó por el camino.

— Oye, ¿A qué curso vas? — Solté sin pensar mucho, ya que tampoco sabía qué más podía preguntar

— Al mismo que tú, pero a otra clase. — Respondió sin titubear — ¿Por qué lo preguntas?

— Es que me he estado fijado y nunca te he visto en ninguna clase ni por los pasillos.

— No sé, tendrás que fijarte más, aunque es cierto que hoy no he venido antes porque no me apetecía levantarme ¿Sabes? — Declaró — Lo he estado pensando, y he llegado a la conclusión de que despertarse todos los días me parece un poco excesivo.

— ¿Cómo dices?

— ¿No hay días en los que solo te apetece quedarte soñando? — Preguntó como si la respuesta fuera de lo más evidente. — Cuando tienes un sueño memorable que no quieras que acabe.

— ¿Un sueño memorable? — Pregunté. — Nunca he oído hablar de eso

—Sí, ya sabes, uno de esos sueños que son tan chulos que no se te olvidan, y cuando te despiertas intentas continuar la historia en tu cabeza, para ver si, con suerte, te vuelves a dormir y la historia continua.

— ¡Ahh!, Ya lo entiendo. — Afirmé en voz alta — No me pasa casi nunca, pero, cuando me pasa, es cierto que no quiero moverme de la cama con la esperanza de que continúe.

— ¡Jo! Qué suerte

— ¿Cómo que suerte? ¡Si he dicho que no me pasa casi nunca! — Exclamé indignado.

— Eso es bueno, — Volvió a usar ese tono con el que te hacía sentir tonto por no saber lo que para ella parecía evidente. — porque tu mente solo se queda con los que son realmente memorables, y no retiene los sueños del montón, que, al final, solo hacen que olvides los que son realmente buenos.

No lo había visto de ese modo, pero pensándolo bien, tenía razón. Me acuerdo de pocos sueños, pero la verdad es que no me gustaría olvidar ninguno de ellos. Le pregunté qué había soñado y estuvimos un rato contando los sueños memorables que recordábamos y pensando cosas raras con las que queríamos soñar esa noche, hasta que sonó el timbre y tuvimos que volver a clase.

— Vamos, Olivia, hay que ir a clase. — Dije incorporándome.

— Yo voy al baño y luego subiré. Nos vemos luego, Simón. — Se despidió.

— ¡Una cosa! — La paré antes de que se fuera. — ¿Por qué te sientas conmigo en los recreos? — Pregunté sin estar muy seguro de por qué lo estaba haciendo.

— Porque somos amigos ¿No? — Y se fue dando saltos en dirección a los cuartos de baño

Somos amigos.

No volví a ver a Olivia.

CAPÍTULO 6

24 de Octubre de 2019

— ¡Oye! ¡Eh tú! — Gritaba una voz proveniente del otro lado de la pared. — ¡Despierta!

— ¿Mmh?

— Que a ver si te despiertas de una vez, llevas horas durmiendo ahí tirado y tus ronquidos resuenan por todo mi apartamento. — Explicó la voz de mi vecino, Marcel, a través del agujero que comunicaba nuestros pisos.

Esto no podía estar pasando, Marcel me había pillado, seguro que sabía que la noche anterior me había quedado aquí escuchando lo que hacían él y sus amigos. Además voy y me quedo dormido. Roncando.

— ¿Qué hora es? — Musité mientras me incorporaba para buscar mi móvil

No puede ser, 11.49

— ¿Qué hacías ahí dormido? — Preguntó Marcel ahogando una risilla. — No es precisamente el sitio más cómodo para pasar la noche, ¿No crees?

— Me desmayé. — Solté casi sin pensar.

Fue lo primero que se me vino a la mente, pero la verdad es que pensándolo bien, sonaba bastante falso.

— No sabía que las personas inconscientes roncaran. — Soltó, intentando disimular una risilla haciéndola pasar por un carraspeo.

La situación iba de mal en peor, no solo había hecho el ridículo durmiéndome al lado del agujero, donde Marcel podía escucharme fácilmente, sino que además había tenido que venir a despertarme él mismo porque estaba roncando, y ahora me pillaba en una mentira ridícula. Genial.

— Pues ya lo sabes. — Dije en un tono más bien borde y me levanté para alejarme de esa situación lo antes posible.

Marcel debió de escucharme al levantarme, porque enseguida su tono de voz cambió e intentó pararme.

— ¡Espera, no te vayas! ¿Cómo te llamas?

— ¿Por qué debería decírtelo? — Dije más por hacerme el interesante que otra cosa.

— Pues... Porque somos vecinos y estaría bien saber por lo menos nuestros nombres, ¿No crees? — Improvisó. — Yo me llamo Marcel.

<<Lo sé>>, pensé, pero no quería parecer un loco o un acosador, al menos, no más de lo que ya parecía, así que decidí seguir la conversación con la esperanza de arreglar un poco la imagen que se estaría creando de mí.

— Yo me llamo Simón — Me presenté con el tono más amable que pude.

— Un placer conocerte formalmente Simón — Afirmó. — Me alivia saber, que el tío que prefirió pellizcarme los dedos con unas pinzas para que le dejara en paz en lugar de pedírmelo civilizadamente y con palabras está vivo en algún lugar de ese piso.

— A mí me alegra ver que el tío que agujereó mi pared y se pasa el día cantando música horrorosa que se escucha por todo mi apartamento esta...

— ¡Oye! ¿Cómo que música horrorosa? Son temazos que no eres capaz de apreciar. — Me interrumpió.

— A lo mejor si el volumen estuviera la mitad de alto, podría por lo menos entender qué dice la letra — Repliqué empezando a ponerme a la defensiva.

— A ver, creo que no estamos empezando bien — Cortó él. — Volvamos al principio, ¿Vale, Simón?

— Está bien. — Acepté volviéndome a sentar encima de los cojines que había colocado en el suelo la noche anterior. — Me llamo Simón Strauss, tengo veintitrés años y... tengo agorafobia.

— ¿Y eso es...?

- No salgo de casa. No preguntes por qué.
- De acuerdo, y ¿puedo preguntar desde cuándo? — Inquirió.
- Llevo aquí metido desde que tenía diecisiete años. — Admití
- Búa, ¿Enserio llevas seis años ahí metido? ¿No te da miedo?
- Preguntó con tono sorprendido.
- ¿Cómo que miedo?
- Tío, llevas ahí metido desde los diecisiete años, ahora tienes veintitrés y sigues igual. No sé, a lo mejor soy solo yo, pero me da miedo la idea de hacerme viejo sin haber sido realmente joven, ¿Me entiendes?

Nunca me lo había planteado, pero la verdad es que no. Nunca había sido muy social, la verdad es que disfrutaba mucho más de una tarde leyendo en mi casa que en el parque con el resto de niños de mi edad. Supongo, que aunque mi cuerpo aparente veintitrés años, yo nací con cincuenta.

- No sé. — Me decidí a contestar.

— ¿Y no tienes amigos o familia que vengan a verte? — Siguió preguntando él.

Pensé en mi madre, había muerto en 2013 a causa de un accidente de coche. Por aquel entonces yo tenía diecisiete años. Fue cuando me encerré en casa. Nunca había sabido nada de mi padre, aunque tampoco me había interesado, solo sabía que dejó a mi madre poco antes de que yo naciera. Y por último, pensé en Olivia, aquella niña que, contra todo pronóstico, acabó siendo amiga mía, o al menos eso dijo ella antes de dejarme sola, otra vez.

- Tengo un gato. — Opté por decir. — Se llama Simón, como yo.

— ¿Puedo preguntar la razón? — Dijo con tono agradable, pues yo creo que se había dado cuenta de que el mío había cambiado un poco.

- Decidí llamarlo de esa forma porque así, cuando hablo conmigo mismo, no parece que estoy loco.

— Estoy deseando que me lo presentes — Dijo soltando una carcajada.

— Cuando quieras. — Concluí.

Marcel y yo seguimos hablando, la mayor parte del tiempo, era él quien dirigía la conversación, yo me limitaba a contestar, pero aun así me pareció muy agradable. Él también me contó muchas cosas sobre su vida: resultó que teníamos la misma edad, y me explicó que le habían despedido del trabajo hacía poco. Era informático en una gran empresa, y ahora, mientras buscaba trabajo, estaba intentando dar con una idea para una página web o una aplicación que le haga rico. Soñar es gratis, suponía. También me explicó como había agujereado la pared con un martillo, intentando montar un mueble. Quienes eran Bea y Álex...

Mi opinión de él cambió completamente después de esa mañana, el chico que a primera vista me había parecido desagradable y ruidoso, resultó ser amable y divertido, aunque tuviera un gusto musical terrible.

Empezamos a hablar todos los días durante las semanas siguientes. Cuando él estaba en casa y ninguno de los dos tenía nada que hacer, nos sentábamos al lado del agujero y empezábamos a hablar, de todo y de nada a la vez.

No podía evitar acordarme de Olivia, la primera y única “amiga” que había tenido. No me sacaba del cuerpo la sensación de <<Déjà vu>> y el miedo a que me volvieran a dejar.

CAPÍTULO 7

8 de Noviembre de 2019

Marcel y yo nos convertimos en habituales en la vida del otro. Él, siempre tenía algo que contar y yo siempre estaba dispuesto a escuchar, aunque no me limitaba solo a eso. Marcel se esforzaba por hacerme preguntas, que le contara cómo me iban a mí las cosas (aunque no variaba mucho de un día a otro). Además, de vez en cuando insinuaba que le gustaría que saliera de mi piso o que le diera permiso a él para entrar.

— Vaa, Simón — Dijo para intentar convencerme. — No es normal que aún no hayamos hablado cara a cara, solo a través de este agujerucho.

— Es que yo no soy normal. — Replicaba con más naturalidad que nunca.

— ¡Genial! ¡Tengo un amigo subnormal al que no he visto nunca en persona! — Replicó con tono sarcástico.

Tengo un amigo

Se refería a mí. Yo era su amigo. Él me consideraba amigo suyo. Y aún con la emoción que sentí en el momento, un pinchazo de tristeza me recorrió el cuerpo, pensando en la última vez que me había visto en esta situación. Olivia. Esta vez no pasaría. No dejaría que Marcel se fuera igual que se había ido ella.

— Espera un segundo — Le pedí mientras me incorporaba — Ahora voy.

— ¿Qué dices? — Dijo el incrédulo.

Pero yo ya estaba de camino. Me armé de valor y me dirigí a la puerta principal. Despasé los pestillos y abrí la puerta. Durante un segundo me asaltaron las dudas. Pero el miedo a volver a quedarme solo después de haberme acostumbrado a alguien me golpeó más fuerte. Respiré profundamente y me decidí. Salí de los límites de mi apartamento y fui a parar al descansillo. Me giré a la que debía ser la puerta principal de Marcel, justo a la derecha de la mía, y toqué al timbre.

No hubo respuesta

Volví a tocar al timbre y golpeé la puerta con los nudillos un par de veces, y entonces la puerta crujío y se abrió lentamente. Estaba abierta.

Me asomé al interior, emocionado y aterrorizado a la vez. Al entrar me quedé en blanco.

Estaba vacío. Completamente vacío. Cuatro paredes blancas y desnudas.

Decidí salir, cerrar la puerta y volver a entrar, seguramente todo había sido fruto de mi imaginación, la sorpresa inicial de ver algo nuevo después de tantos años encerrado en mi casa. Volví a entrar.

Vacío.

Volví a salir del piso, esta vez no albergaba esperanzas de estar alucinando. Cerré la puerta y volví a entrar en mi apartamento. Por última vez, volví a pensar en Olivia, en cómo había preguntado por ella, a cualquier persona que trabajara en el colegio en el que la había conocido, y en como todas y cada una de esas personas me habían contestado que nunca habían oído hablar de esa niña.

Supongo que mi mente tiene tendencia a la autodestrucción, pero esta vez no me planteé diferentes posibles escenarios ni auto excusé a mi imaginación. Estaba solo.

Siempre lo había estado.

Simón es un chico agorafóbico, que siempre ha sido muy solitario y, aunque ha tenido malas experiencias haciendo amigos en el pasado, cuando aparece Marcel, su nuevo vecino, decide darle una oportunidad e intentar conocerle mejor, aunque la soledad a la que esta acostumbrado puede jugarle una mala pasada.

